

PALABRAS
FINALES

PALACIO VALDES Y ASTURIAS

POR

SABINO ALVAREZ-GENDIN

Al cumplirse el centenario del nacimiento de D. Armando Palacio Valdés, no podía el I. D. E. A. estar ausente de esta fecha gloriosa y dedica este número de nuestro Boletín al estudio bibliográfico y crítico de tan eximio novelista, por la honra de tener Asturias tan preclaro hijo, y por lo mucho que amó a la tierra, buscando para escenario de sus más importantes obras ciudades y pueblos asturianos: Oviedo (Lancia), en «El Maestrante», capital de la diócesis (ovetense), aludida en «La Fe»; Avilés (Nieva), en «Marta y María»; Laviana y en general sus valles bañados por el Nalón, que ennegrece la hulla, en «La Aldea perdida»; Gijón (Sarrío), en «El cuarto poder»; Lada y Langreo en «Santa Rogelia»; Cudillero (Rodillero), en «José»; trazando escenarios y personajes regionales en estas novelas con realismo y deleite apasionante, sobre todo en las figuras de las mujeres asturianas.

Si el novelista refleja el alma noble de Asturias y de los asturianos en Demetria y Nolo de la Braña, su adoración por el paisaje y la tierrina asturiana lo refleja en esta frase de «El Señorito Octavio» (IV), escenario de la tragedia de Laura, la condesa de Trevia: «Los Condes y sus amigos tenían delante de sí uno de los panoramas más espléndidos y grandiosos de la provincia en que nos hallamos, que es la más bella de España».

Pero el rincón asturiano a que con más enternecimiento y *do-naire* dedicó Palacio Valdés sus ditirámicas frases fué Avilés, las rúas y porches de cuya villa corrió y recorrió en la infancia, luchando a veces a pedrada limpia con los chicuelos de Rivero—al comienzo de cuya calle, frente a la casa de Ponte, que describe en Marta y María, vivió él—de Villalegre y de la Magdalena, contra los de Sabugo o los de Galiana y Miranda, en donde dió su sangre por el *honor* del barrio o calle del Cristo, «que paseaban los frailes de San Francisco», según reza el cantar.

Las frases ofrecidas a la villa de Pedro Menéndez por Palacio Valdés en la «Novela de un novelista» (VIII) vierten así su amor: —«Si yo no he nacido tampoco en esta villa, a ella me trajeron cuando contaba sólo algunos meses de edad. De modo que quiero y puedo considerarla como mi segunda patria».

«Los avilesinos son nobles, alegres, probos y están dotados de viva imaginación, aman la música, son sentimentalistas y un poco románticos. Reina en este pueblo una amable jovialidad infantil que ensancha el corazón de cuantos viajeros lo visitan y aleja instantáneamente su mal humor. A muchos he oído decir que así que ponían los pies en Avilés se sentían cambiados, olvidaban sus penas y amaban otra vez la vida. Por todo lo cual sería muy justo que el Gobierno de la Nación declarase a esta villa sanatorio oficial para los neurasténicos».

Por lo que respecta a la tierra que le vió nacer canta el novelista como poeta enamorado de ella, ésta a modo de estrofa en «La aldea perdida» (XXII): «¡Oh valle de Laviana! ¡Oh ríos cristalinos! ¡Oh verdes prados y espesos castaños! ¡Cuánto os he ama-

do! Que vuestra brisa perfumada acaricie un instante mi frente, que el eco misterioso de vuestra voz suene todavía en mis oídos, que vuelva a ver ante mis ojos las figuras radiosas de aquellos seres que compartieron las alegrías de mi infancia...»

A la capital asturiana,—escenario de sus mocedades universitarias, sede de sus ensayos literarios en la colegialidad o camaradería de «Clarín», Rubín y Tuero, campo de sus lides revolucionarias con ocasión de *La Gloriosa*, en cuya época rodó (y no faltó en ello la complicidad juvenil del novelista) el busto de D.^a Isabel II, que hoy se erige en el Jardín de la Reina, de la Universidad ovetense—dedícale en el libro mencionado, «La novela de un novelista» (XXVII), frases afectísimas, con el fino humorismo, del que se satura, que emerge de los moradores de la selecta ciudad de los Obispos. Dicen así, a continuación de los lindos piropos que le escribe a la torre de nuestra catedral, «la más esbelta, la más armónica, la más primorosa de cuantas existen en España»: «Si el encanto de Avilés consiste en su alegría infantil, el de Oviedo se cifra en su donaire malicioso. En ninguna otra región de España, ni aun en Andalucía, tierra clásica de la gracia, se hallará una población más regocijada y burlona. Su agudeza no es ligera, aparatosa, espumante como la de Sevilla y Málaga: son los asturianos hombres del norte y pagan tributo a la frialdad de su clima y al tomo gris de su cielo. Pero hay más profundidad en su ingenio, su malicia es más espiritual, más penetrante y, también, hay que confesarlo, más despiadada».

Precedentemente han visto los lectores del Boletín del I.D.E.A. artículos de literatos y críticos, enseñoreados algunos en la devoción palacio-valdesiana, por dedicar muchas páginas al novelista homenajeadado.

Ahora, un avilesino, un asturiano «cien por cien», como hoy se dice, que ha tenido la honra de figurar como comisionado en la entrega de la placa en que se grabó el nombramiento a favor de Palacio Valdés de hijo adoptivo de Oviedo, ceremonia efectuada en 1930 en Madrid, quiere ofrecerle estas líneas de recuerdo y

pleitesía, quiere mostrar su admiración al eximio y enternecedor novelista, al ilustre asturiano, al fraternal amigo de sus mayores, cerrando este número de homenaje del Boletín, que el Instituto de Estudios Asturianos, que tengo el honor de dirigir, dedica al que en sus postreros años calificábamos con el venerable y justificado título de Patriarca de las Letras españolas.



I·D·E·A